SERIE 2.ª 7 DE FEBRERO DE 1892 NÚMERO 7

ESTUDIOS TEOSÓFICOS

Satyât Nâsti Paro Dharma.
No hay religión más elevada que la Verdad.

Administración y Redacción: Tallers, 66, entresuelo, 1.ª—Barcelona

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante y de los no firmados la Dirección.

El hombre que verifica actos piadosos, pero interesados (egoismo de salvarse), puede lograr los coros de los *devas* (santos), pero el que *desinteresadamente* cumple con los mismos actos piadosos, se encuentra para siempre libre de los cinco Elementos (de materia). Percibiendo al Alma Suprema en todas las cosas, y á todas las cosas en el Alma Suprema, ofreciendo su propia alma en Sacrificio, se identifica él mismo con Aquel SER que brilla con su propio explendor (Manu. lib. XII, slokas 90-91).

LA TEOSOFÍA Y LA PENA DE MUERTE

El haber pedido los miembros de la S. T. residentes en Barcelona, juntamente con la redacción de nuestra Revista, la conmutación de la pena de muerte al infeliz que ha sido causa de que nuestro público presenciase un espectáculo tan repugnante como el del día 16 del mes pasado, es debido, (dejando aparte las consideraciones puramente de orden jurídico-penal, que hacen de la pena de muerte un castigo al cual falta la condición primera, ó sea la de que mejore y regenere al delincuente), á que, bajo el punto de vista Teosófico-Oculto, el arrancar violentamente la vida á un sér humano para el cual no ha sonado todavía la hora, *no es matarle*, es sencillamente privarle de su envoltura física, de su cuerpo material, el cual, como materia grosera, no es ni bueno ni malo más de lo que lo es un tronco ó un guarda cantón. Lo que en el hombre constituye el asiento de las pasiones, apetitos, deseos desordenados, etc., es el principio psico-ani-

mal, el cual siendo de naturaleza muy superior, bajo el punto de vista de energía vital, al mero cuerpo físico, una vez arrancado violentamente de éste, se encuentra ligado á la tierra, pues hasta la hora que tenía señalada para su muerte no puede abandonarla; por consiguiente, la muerte violenta de una persona de perversas condiciones morales es, en general, una verdadera calamidad para el país.

Es poner en libertad una serie de fuerzas maléficas, á las que lo grosero del cuerpo físico mantenía sujetas hasta cierto punto; es abrir la puerta á infinitas sugestiones para el mal; y un sér que encontrándose de repente sin el vehículo físico que le servía para la satisfacción de sus apetitos, se encuentra devorado por una sed inestinguible, que por falta de medios físicos no puede satisfacer, y por lo tanto, buscará la satisfacción de los mismos apoderándose de los organismos de personas cuyo nivel moral y volitivo sea ínfimo, á fin de gozar indirectamente de todo cuanto la carencia de cuerpo físico no se lo permite.

Es la hora kármica la que señala el momento de la muerte; el lento proceso mortuorio iniciase mucho antes de que se dé uno mismo cuenta, ó el mismo médico vea que va á morir; y ha muerto uno mucho después de dar el postrer suspiro, como suele decirse. De todos modos, el criminal más endurecido causará en general, mucho menor daño, vivo, aunque permanezca en libertad, que muerto, y mucho menos todavía, si encerrado en sitio conveniente, se trata de moralizarlo, pues aunque esto no se logre, la edad debilita las pasiones, y al morir de muerte natural, aunque no sea capaz de elevarse á muy altas regiones, es un sér cuyos apetitos están amortiguados en gran manera, y que por lo menos no tendrá la fuerza para convertirse en una tentación viviente y en un verdadero demonio en muchos casos.

¿Quiere esplicarnos la Ciencia Moderna porqué despues de grandes combates suelen ser frecuentes los suicidios, especialmente en el ejército vencedor?

¿Porqué existe la tendencia á suicidarse en puntos que parecen designados de un modo fatal para ello, y porqué en tantos otros son los crímenes frecuentes?

En manera alguna negaremos nosotros que el criminal no puede recibir ausilios espirituales en sus momentos postreros, de los ministros de la religión á la cual pertenezca; el pensamiento último del hombre antes de abandonar su cuerpo es de una importancia enorme para su futuro. Es un

ber procurar levantar espiritualmente á un alma, y los medios que ara ello sean propios, según sus creencias, deben serle proporcionados, y s una hermosa misión la de los ministros de las religiones que cumplen on un tan noble deber; pero esto no escusa, en manera alguna, para hablar e la salvación eterna de un criminal, que según las doctrinas de las Iglesias occidentales, puede haber sido causa de la condenación eterna de su víctima, si esta murió en pecado mortal.

¿En dónde está la Justicia en tal caso?

¿Qué es esto de pecado mortal, causa de una condenación eterna?

Lo eterno (según el concepto occidental) es en un sentido, sinónimo de absoluto con referencia al tiempo. Ahora bien: ¿hay algún sér humano que sea absoluto? ¿No somos todos eminentemente relativos en todo? ¿No son, por consiguiente, nuestras responsabilidades por completo relativas?

La condenación y salvación eternas, en absoluto, exigen seres Absolutos, y ABSOLUTO tan sólo existe uno, lo cual equivale á decir que él á sí mismo tendría que salvarse ó condenarse eternamente.

El haber olvidado las naciones occidentales los dos grandes principios de Karma y Reencarnación, es causa de que la Teología se encuentre en un callejón sin salida.

Y el desprecio con que el moderno materialismo mira todo cuanto indica la existencia de un sér interno, independiente del externo, es motivo para que siga en vigor la pena de muerte, cuya conmutación han creído deber pedir en esta ocasión muchísimas personas, sociedades y publicaciones, y entre éstas los Estudios Teosóficos.

MATERIALISMO, AGNOSTICISMO Y TEOSOFÍA [1]

El pensamiento moderno en lo referente al origen, naturaleza y destino del hombre puede ser dividido, en general, en dos grandes grupos: Espiritualismo y Materialismo. El primero, poseyendo su representante más elevado en la Teosofía, discurre al través de las grandes religiones Orientales, y pasando por el Judaismo entra en el Cristianismo Occidental para encontrar,

(1) Trabajo leído por su autor, el Dr. Anderson, en el cuarto Congreso anual de la Sección Americana de la Sociedad Teosófica en Chicago, los días 27 y 28 de abril de 1890.

al parecer, su punto cero en el caos del espiritismo moderno vulgar, de las masas ó comunicación medianímica con los muertos. El segundo tiene su más alta expresión en el Agnóstico honrado, y pasa por medio de fáciles gradaciones al craso Materialista, que no conoce dios más elevado que su propio estómago, y que no comprende destino superior que el de comer, beber y morir.

Si ahora entramos á averiguar cuáles son los puntos en que se diferencian estas distintas escuelas, tomando como representantes de las mismas á sus exponentes clásicos, nos encontramos con que el credo del Materialismo puede ser brevemente definido como sigue: El universo es puramente material. Las infinitas variaciones de la materia, las cuales aprecian nuestros sentidos, son el resultado de la fuerza, la cual es en sí misma y sencillamente no más que una propiedad ininteligente é inconsciente de la materia, existiendo coeternamente con ella. Más allá de la materia nada existe. La sensación, el instinto, la emoción, la intelección, juntamente con todas las miriadas de manifestaciones de la conciencia, son el resultado de las combinaciones ciegas de la materia bajo la influencia impulsora de la fuerza. En otras palabras: la mente del hombre, el principio que en su interior piensa y raciocina, únicamente representa la suma de los cambios moleculares y químicos que tienen lugar en su cuerpo durante cualquier tiempo determinado, y es disipada cuando la muerte de este último, tan completamente, como si jamás hubiese existido. Para el Materialismo no existe dios ninguno; no existe alma ninguna; el espíritu es un absurdo inconcebible.

Los «Agnósticos», empleando un término que ellos mismos han escogido para definir su posición, pueden ser considerados como materialistas científicos. Ellos admiten una causa inteligente tras de los fenómenos de la naturaleza, pero insisten en que esta causa es, y debe permanecer para siempre incognoscible. Sin embargo, con peculiar inconsecuencia, consideran á este incognoscible como material, invalidando así su premisa primera y principal. Por lo tanto, quisieran ellos limitar el área de la investigación humana enteramente á lo físico, y son tan rigurosos en su exclusión del pensamiento ó espíritu como factores, como sus congéneres los materialistas.

Una creencia tan positiva, unos dogmas tan iconoclásticos, deben ser capaces de presentar un frente inespugnable á todos los asaltos, sean los que fueren. Los hechos en el plano físico y las deducciones en el intelectual,

deben corroborarse mútuamente y servirse mútuamente de prueba en pró de la corrección mútua. Si la materia es todo en el universo, como pretenden los materialistas, las leyes materiales deben en este caso explicar definitiva y exactamente todos los fenómenos. No reconociendo nada supersensible en estos fenómenos, se privan á sí mismos del derecho de refugiarse en un algo desconocido ó aún en un incognoscible. Además, si la fuerza, juntamente con el movimiento resultante de su acción incesante, es una propiedad ciega é ininteligente de la materia, no puede atribuirse á la misma la facultad de elegir el sentido en el cual tiene que obrar. Y una vez originado el movimiento en una dirección cualquiera, su persistencia en esta dirección debe, de acuerdo con la Primera Ley del Movimiento de Newton y con la Teoría Atómica de Vórtices de Helmholtz, debe ser infinita é incapaz de detención ó de cambio, é incapaz, por lo tanto, de producir resultados variables. Y si, como supone el Agnosticismo, esta inteligencia que existe en el seno de la materia es de una naturaleza material, debe en este caso, según todas las leyes de la analogía, encontrar su más alta expresión en las formas de la materia más densas y más groseras, mientras que es precisamente lo contrario lo que sucede.

Asegurémonos, sin embargo, de que hemos expresado correctamente las fórmulas científicas concernientes á la humana existencia.

Owen [1], «sostiene que la palabra *vida* es una buena expresión para la totalidad de fenómenos vivientes, y mantiene que estos fenómenos son modos de fuerza á los que otras formas de fuerza han pasado de estados potenciales á estados activos, y recíprocamente, gracias á la agencia de estas sumas de fuerza ó combinaciones de fuerza, impresionando la mente con las ideas expresadas por los términos *monada, musgo, planta* ó *animal.*»

Esto puede ser clasificado como una opinión puramente materialista.

Como un ejemplo de Agnosticismo, Huxley [2] declara: «Porque, después de todo, ¿qué es lo que conocemos nosotros acerca de la materia, excepto que es un nombre para las causas desconocidas é hipotéticas de nuestra propia conciencia? ¿Y qué sabemos nosotros tocante al espíritu... excepto que es también un nombre para una causa ó condición desconocida é hipotética de los estados de conciencia? En otras palabras, materia y espíritu son tan sólo nombres para substratos imaginarios de grupos de

(1) **Anatomía de los Vertebrados.**
(2) Acerca de la Base Física de Vida.

fenómenos naturales.» Obsérvese bien, aunque sea de paso, que aun el mismo Huxley admite en otra parte la necesidad, para los fenómenos de una causa inteligente, el implicar aquí que todos los substrátos bajo la materia son «imaginarios», implica también y necesariamente que esa causa inteligente es material.

Aproximándose á la cuestión desde otro punto de vista, escribe Liebig (1):

«La Fisiología se halla asentada sobre un terreno lo suficientemente sólido para mantener la opinión de que cada movimiento, cada manifestación de fuerza, es el resultado de la transformación de la estructura ó de su substancia; que cada concepto, cada afección mental, es seguida de cambios en la naturaleza química de los flúidos excretados; que cada pensamiento, cada sensación. es acompañada de un cambio en la composición de la substancia cerebral. Así como en la celda galvánica cerrada á consecuencia de ciertos cambios, un cuerpo inorgánico ó un metal sufre, estando puesto en contacto con un ácido, un cierto efecto que reconocen nuestros sentidos en lo que llamamos una corriente eléctrica, del mismo modo en el cuerpo animal, á consecuencia de los cambios y transformaciones sufridas por la materia que préviamente constituía una parte del organismo, ciertos fenómenos de movimiento y de actividad son percibidos, y á éstos les llamamos vida.»

Así podríamos seguir citando sábio tras sábio, para encontrarnos al final con que no habíamos hecho más que llegar al punto del cual habíamos partido. «No existe ningún espíritu; no existe vida alguna después de la muerte», dice el materialista. «O bien si existen, constituyen ellos una parte del Gran Incognoscible, y nada tenemos nosotros que ver con ellos», contesta el Agnóstico. Ahora bien, en esto se apoya una de las grandes y radicales diferencias que existen entre la Teosofía y el Agnosticismo. Que un gran Incognoscible existe y que debe continuar para siempre existiendo para el hombre, es cosa que la Teosofía admite por completo. Pero niega del modo más positivo que este incognoscible incluya el origen del hombre, su relación con la materia ó su existencia futura. En otras palabras: sostiene la Teosofía que la ciencia ha incluído en su incognoscible un gran número de cosas que no son más que desconocidas. El Agnosticismo adelanta las fronteras de lo incognoscible y las coloca en los límites que separan al nacimiento de la muerte. La Teosofía las empuja

(1) Química Animal.

hacia atrás, hasta que una eternidad verdadera radía sobre el horizonte consciente del hombre.

Este es, en realidad, el punto crítico, ó sea los límites de lo incognoscible. Cuando la Teosofía enseña que el espíritu y la materia son los polos opuestos del UNO y desconocido, permanece en su actitud hacia este incognoscible, en el mismo terreno que el Agnóstico. Pero ¡cuán enorme es la diferencia que existe entre sus posiciones respectivas! Entre lo Incognoscible de la Teosofía y el del Agnosticismo, existe para el hombre una eternidad de progreso evolucionario y consciente, en cuyo punto de desvanecimiento, tal como lo contemplamos desde nuestro punto de vista, él se ha convertido ya en un dios, teniendo todavía ante sí potencialidades y posibilidades inagotables.

Puede objetarse que esto es solamente el resultado de razonamientos metafísicos. Pero si fuesen éstos tan sólo las bases en las que se apoya, lo cual está muy lejos de ser el caso, son de todos modos lógicos y razonables, y ¿á donde podemos dirigirnos nosotros en busca de pruebas más elevadas, que á las que nos suministran la lógica y la razón y no ciertamente las conjeturas, desavenencias é hipótesis contradictorias de la ciencia de la Babel moderna? Ya es tiempo de que los Agnósticos reconozcan que las pruebas más inexactas que el hombre tiene á su disposición son las que obtiene por medio de sus sentidos físicos imperfectos, cuya imperfección él mismo admite. ¿De qué sirven el ojo y el oído ó el microscopio y el espectroscopio, á menos de que la luz de la razón ilumine á sus revelaciones? ¿Es lógico, acaso, el permanecer atado por las limitaciones de los instrumentos físicos? Por el contrario, la prueba más elevada y más convincente de la realidad de una cosa debe consistir en que es razonable y lógica, más bien que en la habilidad para demostrarlo, en la mesa de disección. Por lo tanto, al entrar en el dominio de la mente por las puertas abiertas por la mente misma, la Teosofía colócase de un salto en un lugar muchísimo más elevado que el Agnosticismo, el cual procura hacer lo mismo por medio de la materia, por lo cual ni ha obtenido nunca el éxito, ni podrá obtenerlo. Concedido que el pensamiento es acompañado por el cambio molecular, ¿prueba esto acaso que lo que verifica el cambio y la materia transformada sean idénticos? Lo mismo sería el pretender que el vaso y el que lo moldea son idénticos, ó que el músico y la melodía que produce según las leyes de la vibración musical, son uno mismo. Téngase presente que la conciencia puede únicamente referirse á lo puramente

físico, valiéndose de términos físicos. Las cédulas cerebrales tienen que ser puestas en movimiento y sujetas, por lo tanto, á las leyes físicas cuando el pensamiento se manifiesta en el plano físico, juntamente como se mueven las teclas del piano con arreglo á los principios de la mecánica, cuando los dedos del pianista las hieren. Acerca de este punto, un sábio bien conocido [1] escribe: «De cualquier manera que definamos el pensamiento, este hecho aparece como cierto, ó sea, que es capaz de manifestación externa por conversión en la energía actual de movimiento, y únicamente por medio de esta conversión.» Pero cuando después de demostrar, por medio de los bien conocidos experimentos de Melloni, que la más ligera expresión de pensamiento es acompañada de un aumento apreciable y determinable en el calor del cerebro, él deduce de esto que el pensamiento es una propiedad de la materia, y que se halla sujeto á las leyes materiales, con lo cual se aparta y vá mucho más allá de los límites justificables de su premisa. Estos experimentos mismos demuestran que, cuanto más inferior ó material es el pensamiento, tanto mayor es la producción de calor. Así, la emoción lo produce mucho mayor que la intelección. Y á medida que el pensamiento se reconcentra en el interior, el calor disminuye, hasta que en los estados puramente subjetivos los instrumentos ya no registran los grados, lo cual se halla en perfecto acuerdo con las teorías Teosóficas.

Ocupémonos ahora de una ó de otras teorías, por ejemplo, de la construcción de mundos, y comparemos los métodos de explicación científicos y teosóficos. La ciencia concibe al universo como construído por la acción de una fuerza ininteligente obrando sobre la materia. La Teosofía lo considera como «el desdoblamiento de una vida Divina, funcionando en cada forma de séres vivientes y no vivientes.»

Pasando por encima, sin embargo, de estos conceptos primarios, y empezando por las nebulosas, la ciencia describe el proceso de la construcción del mundo, como consistente, en un principio, en la revolución de esta forma nebulosa de la materia en torno de algún punto central ó sol. Gradualmente, en el borde exterior de este disco en revolución, la fuerza centrífuga sobrepuja á la fuerza centrípeta, y un planeta se separa. Este proceso se repite, hasta que después de sucesivas formaciones planetarias, se llega al sol central, y resulta un sistema tal como el nuestro. Por muy plausible que sea esta teoría, pasa por alto una porción de puntos oscuros, acerca de los cuales, una filosofía, ciencia-religión que busca la verdad, como

(1) Barker—«Acerca de la Correlación de las Fuerzas Vitales y Físicas».

es la Teosofía, tiene obligación de dar noticia. En primer lugar, y empleando un término al cual los sabios se complacen en apelar, ¿qué ley coloca al sol central en su posición, y da el impulso original á la revolución nebular? La ciencia permanece muda. La Teosofía contesta: no existe sol central alguno; existe un centro *laya*, producido por voluntad inteligente, un punto en el cual no existe gravitación ninguna en absoluto, y hacia el cual, por lo tanto, toda la masa nebular necesariamente gravita, siendo la gravitación, tan sólo, la expresión de la voluntad cósmica obrando sobre la materia. Su revolución original es tambien una expresión directa de inteligente conciencia manifestándose por medio de la fuerza. La Ciencia no tiene ninguna explicación posible para este movimiento primordial. Pero una vez concedido este centro *laya* y la revolución original, entonces el razonamiento de la ciencia se mantiene bien. Naturalmente, una porción mucho mayor de la masa se concentraría allí en donde la revolución es más lenta, ó sea en el centro. Y como la presión es el agente más poderoso que nosotros conocemos, en la producción del calor así podrían explicarse el calor del sol y el del interior de la tierra. (1) A medida que porciones periféricas se desprenderían de la masa principal, en el interior de cada una de ellas se desarrollaría de necesidad un centro *laya* secundario, el cual determinaría la órbita y el peso del mundo recien nacido. El movimiento periférico en torno del nuevo centro crearía lunas, y podría tenerse en cuenta para esplicar la revolución diurna de los planetas, para cuyo movimiento no ha ofrecido la ciencia ninguna esplicación racional. Teniendo siempre presente que al hablar de la construcción de mundos, lo mismo que de la formación de hombres, se hace con referencia á una ley completamente definida é invariable, la Teosofía contempla á toda ley únicamente como la reflexión de la voluntad del Absoluto. Elimínese la idea personal, y la construcción del mundo cae bajo aquella expresión de la conciencia universal conocida como voluntad cósmica. Los átomos gravitan hacia un centro comun, porque aquella porción de conciencia inherente á cada uno ellos les obliga á hacerlo así; y en cualquier asociación de materia, sea para el propósito que sea, se contempla á la fuerza dirigida por la inteligencia consciente. Ninguna inteligencia humana más que una que cumpla con sus fines de un modo mucho más perfecto que las nuestras, porque se encuentra más próxima á la gran Fuente de lo que nosotros estamos, puede desempeñar

(1) El Ocultismo no admite ni el uno ni el otro, y mucho menos tal como lo esplica la ciencia. N. del T.

tales funciones, y no nosotros que nos podemos considerar como colocados en la periferia. Nuestro movimiento es más activo, á consecuencia de que somos á manera de pequeños planetas ó satélites de la gran inteligencia central, y por esta razón es por lo que tenemos en el tiempo y en el espacio un ciclo de existencia limitado para nosotros mismos como individuos. Por esto es por lo que existe una tan grande harmonía entre el universo ó Macrocosmo y el hombre ó Microcosmo.

Además, el Agnosticismo pretende que el universo existe en virtud de una ley universal. Convenido, si la ley significa voluntad dirigida conscientemente. Puesto que la Teosofía enseña que, así como el cuerpo físico del hombre responde á y es gobernado, dominado y dirigido por una conciencia inteligente, del mismo modo es el universo gobernado, dominado y dirigido por una conciencia inteligente que obra sobre la materia que le constituye. El hombre quiere, y su cuerpo físico se mueve en el sentido que su conciencia directora exige. El Cosmos quiere, y los mundos comienzan su curso vertiginoso al través del espacio obedeciendo á un designio inteligente y consciente. Por lo tanto, las leyes llamadas cósmicas ó universales son espresiones tan sólo de la voluntad cósmica universal.

De estas leyes que el Materialismo concibe vagamente como originándose y manteniéndose por sí mismas, dícese que la única que carece por completo de escepciones es la de la gravitación. Laing [1] lo declara en los términos más positivos. «Pero lo que nosotros conocemos es esto: ó sea que, sean lo que fuesen la materia y el espacio, están sujetos á esta ley universal y omni-penetrante; y que atraen, han atraído y atraerán siempre en razón directa de la masa de la materia que atrae, y en razón inversa del cuadrado de la distancia en el espacio al través del cual la atracción obra. «He aquí una ley científica espresada en los términos más absolutos. Examinémosla. De un bien conocido libro de texto científico [2] citamos: «Este fluído es llamado el Eter. Llena lo mismo los espacios existentes entre los átomos y moléculas de los cuerpos, que los que separan á los planetas y á los astros del universo. *Carece de peso*, y porciones de su masa se mueven en el seno de la misma sin la más lijera fricción.» He aquí el dilema: ó el Eter no es material, ó viola la supuesta ley universal de la gravitación. Puede escojer el Materialismo la que quiera de ambas soluciones; la Teosofía las rechaza á las dos, y considera á la gravitación como á una emana-

(1) Ciencia moderna y Pensamiento moderno.
(2) Gillet y Rolfe.

ción secundaria de la voluntad universal, y como á una fuerza que no empieza á obrar hasta que el proceso de construcción de mundos está ya completamente en mareha. Si es una ley universal, como se pretende, ¿porqué las nebulosas existentes no gravitan hacia los soles más cercanos que en un grado tan inmenso las sobrepujan en peso?

En conexión precisamente con esto, hará unos tres años que Madame Blavatsky aquella *bête noire*, tanto de la religión como de la ciencia, declaró que si los sabios pudiesen obtener instrumentos lo suficientemente poderosos para penetrar en estas nebulosas, percibirían la falsedad de la afirmación de que la acción de la gravitación es universal. No se hizo caso de ello, lo mismo que de otras muchas cosas que dice siempre esta mujer maravillosa. Pero hace muy poco tiempo un sabio de California ha confirmado de la manera más inesperada aquella afirmación en apariencia imprudente. Uno de los primeros resultados de la inspección de los cielos por medio del gran telescopio de Lick, ha sido el cauteloso anuncio del Prof. Holden de que la constitución de la materia en muchas de las nebulosas parece indicar directamente la conclusión de que alguna otra fuerza distinta de la gravitación obra en ellas como agente activo.

Pero habiendo demostrado ya la insuficiencia de la teoría científica, ó de cualquiera otra, para esplicar la manera de conducirse la materia en la formación del sistema solar, á menos de que se acepte una conciencia inteligente dominando á la fuerza, descendamos ahora de esta breve ojeada que hemos dado al Macrocosmo, al Microcosmo ú hombre.

Los agnósticos ven en la mente la espresión más elevada de la conciencia, y como hemos dicho ya, pretenden que esto es solamente el resultado de los procesos físicos que se verifican en el interior del cuerpo. También pretenden ellos que el grado de desarrollo mental es debido á, y procede paso á paso con la evolución del cuerpo. ¿En qué punto, pues, hace su aparición el espíritu ó el alma? ¿Además, dicen que como la mente del hombre parece diferir de la del animal sólo en grado, ¿qué derecho tenemos nosotros para asumir para él una alma más que para el animal? Y si uno de los dos ó ambos tienen alma, ¿en dónde está la prueba de que ésta persiste después de la muerte?

Tomando estas objeciones en el órden en que son presentadas, la Teosofía contesta: No existe punto alguno en el cual el alma sea añadida; permanece en estado potencial en toda la materia; que los pensamientos mismos que se espresan en este artículo, permanecían potencialmente pre-

sentes en la nebulosa de fuego original de la cual fueron formados nuestro sol y su sistema planetario. El Espíritu no puede ser añadido; existe y es coeterno con la materia; es el polo superior de AQUELLO que es á la vez espíritu y materia. La materia es la espresión cristalizada del espíritu, y es eternamente dominada por el espíritu, ó conciencia, obrando por medio del movimiento eterno ó fuerza. La conciencia no está desenvolviéndose por medio de, ó al través de la materia. Cada separación diferente es tan sólo aquella porción de lo universal que se está manifestando en los planos universal, vegetal, animal ó humano. Es el espíritu, en cuya palabra incluímos Conciencia Universal é Ideación Absoluta, el que dirigiendo la fuerza y dando forma á la materia, de modo que refleje la Ideación Absoluta, es la causa de toda esa maravillosa evolución de la forma. La forma material es tan sólo la espresión esterior en términos materiales, de la inteligencia interna. Esta inteligencia en el polvo cósmico que se convertirá en estrellas, se espresa en la formación magnética de los centros *laya*, y en el hombre, en la originación y dirección del pensamiento. Lo mismo sucede en los reinos mineral y vegetal: las llamadas propiedades de la materia, son espresiones de conciencia en estos planos del sér. ¿Qué hombre razonable puede observar las combinaciones maravillosas de dibujo y de color, que en algunas flores, por lo menos, no tienen más razón de ser que como espresiones de belleza, y no percibir el designio de una conciencia interesada en un resultado tan admirable? Unicamente que los absurdos teológicos nos han enseñado á buscar el designador *fuera*, en lugar de *dentro*, á una inteligencia extra-cómica en lugar de una inteligencia intra-cósmica, para escusa de nuestra ceguera. El alma del hombre, por lo tanto, no tiene principio alguno; es aquel rayo individualizado de la conciencia universal manifestándose en la actualidad en el plano humano ó plano de individualidad.

También la diferencia existente entre las almas humana y animal lleva necesariamente consigo la cuestión de la persistencia del alma después de la muerte del cuerpo. Hemos dicho que la fuerza es el movimiento eterno guiado por una inteligencia consciente. Su atributo invariable es persistencia: lo mismo que la materia, no puede ser destruida. Puede pasar al través de innumerables correlaciones, pero al fin aparece sin la más insignificante pérdida. ¿Cómo puede entonces aquella correlación de fuerza que facilita á la conciencia el manifestarse como el ego humano perderse ó disiparse? No puede ser; es una proposición inconcebible; viola la ley fun-

damental de la persistencia. Pero la fuerza posee otros atributos además de la persistencia. En forma de calor, por ejemplo, posee el poder maravilloso de convertirse en latente, ó de desaparecer del plano de nuestra percepción. Una cierta cantidad de calor convierte al hielo en agua, pero durante el proceso, un 80 por 100 poco más ó menos de este calor, ha asumido la condición latente. En esto, sostenemos nosotros, existe la clave para aquella forma de fuerza que facilita á la conciencia el que se manifieste como inteligencia animal ó como alma. A la muerte del animal, su inteligencia se convierte en fuerza animal latente, permaneciendo dentro de los límites del plano justamente como el calor permanece latente en la materia. Tenga lugar una concepción animal, y la inteligencia latente reaparece, sin haber perdido, gracias á la ley de conservación, nada, ni en cantidad ni en calidad.

Pero el hombre es un sér mucho más elevado, y su conciencia se eleva por encima del plano de latencia, y persiste como un ego individual. En realidad, parece existir algo, en la naturaleza humana, que es causa de que en cada plano sucesivo de su evolución, conciba que su límite propio ha sido ya alcanzado; que es imposible ya ningún progreso ulterior. Podemos imaginar, por ejemplo, un congreso de orugas discutiendo gravemente la posibilidad de un estado de existencia como mariposas, y deduciendo que un estado tal, era desde el punto de vista propio del estado de oruga, anticientífico, y no deducible según la lógica de la oruga: y además, que ciertas orugas que sostienen la teoría de la mariposa, son víctimas de ilusiones y de la superstición, y que, para ser indulgentes con ellas, hay que suponer que su maquinaria mental sufre un desarreglo en ocasiones.

Pero la percepción del hombre que cada vez se ensancha más, debe conducirle por encima y más allá de este punto de paralización. Ha alcanzado un estado en el que su fuerza de alma se encuentra en la frontera de otras y mucho mayores correlaciones; en donde la vida objetiva comienza á desaparecer, y en donde las condiciones subjetivas alternan con ella, á manera de eslabones intermediarios entre la vida física y la existencia espiritual mucho más exaltada, hacia la cual él está tendiendo. Esta vida subjetiva en la cual entramos brevemente durante los sueños, y por completo cuando la muerte, necesita y asegura la persistencia de la conciencia individual. El macrocosmo cósmico ha arrojado de sí á su microcosmo periférico; y de aquí en adelante procede á lo largo de su órbita individual, hasta que este ímpetu centrífugo queda agotado y vuelve al origen del cual procedió.

Quizás no estaría de más el decir que la Teosofía no concede ninguna vida eterna para el hombre, en el sentido que se da vulgarmente á la misma. Enseña que todas las cosas han procedido en ciclos, y que la manifestación física de este universo será seguida, despues de un inmenso periodo de tiempo, por su disolución. La voluntad que lo impulsó á la manifestación cesará entonces de obrar sobre él, y un periodo igual de reposo (empleando un término muy inadecuado para expresar lo que es conocido como el gran Pralaya) seguirá después, el cual será á su vez seguido de nuevo por otra proyección, y así sucesiva y eternamente. Al principio de un nuevo Manvantara la mónada que se ha manifestado como hombre durante el antiguo, aparecerá de nuevo en condiciones más grandes y nuevas de existencia, pero ya no más como hombre. En la duración infinita lugar hay para la manifestación también infinita.

En esta persistencia de la mónada, no existe promesa ninguna de que la personalidad persistirá despues de la muerte. Por el contrario, nuestros cuerpos son únicamente las vestiduras temporalmente habitadas por nuestros egos conscientes. Cuando la muerte, son abandonados, y el alma entra en una vida subjetiva, de la cual tenemos una ligerísima idea durante el trance, el sueño y los estados hipnóticos, hasta que gracias á un proceso que podemos llamar involución, ha asimilado las esperiencias de su última vida física, después de lo cual, bajo la ley superior de atracción Kármica, entra de nuevo en otro cuerpo para continuar su marcha evolucionaria. Además, enseña la Teosofía que habiendo obtenido la conciencia de sí mismo y el consiguiente libre albedrío, ó libertad de elección, puede el hombre, por medio de su voluntad, forzar y activar los lentos procesos evolucionarios de su existencia, hasta el punto de poder activarlos relacionando su conciencia presente con la de los estados más elevados, y evitar de este modo cualquier intérvalo de reposo ó de detención, sea subjetivo, sea de otro género, llevando así una existencia espiritual y contínua.

Téngase presente, también, que esta evolución contínua de la conciencia humana necesita alcanzar un punto en el cual esta evolución tendrá lugar con la materia como vehículo. ¿Cesará en esta situación de marchar adelante? No, por cierto; debe siempre ampliar su esfera; y precisamente en este caso se está preparando para manifestarse en una nueva correlación. A medida que el tiempo transcurre, va haciéndose cada vez más independiente de su envoltura física y acercándose cada vez más á su espresión más elevada. Platon hace muchos siglos lo ha declarado: « Se razona mu-

cho mejor cuando ninguno de los sentidos físicos se hace sentir.» El centro de conciencia humana ha desarrollado poderes que la conducirán con seguridad, al través del reino psíquico que debe atravesar, á la realidad gloriosa de la percepción espiritual.

Trance, clarevidencia, los casos innumerables en que el alma ha abandonado el cuerpo, atravesado grandes distancias, y vuelto con noticias materiales y precisas, todo indica la dirección que la humana conciencia está preparándose á tomar. Tanto el sueño como los ensueños, indican la manera como los estados psíquicos tienden un puente sobre el abismo. No debemos tampoco condenar de un modo en esceso duro al Materialista, por su fracaso en aceptar la promesa, en estos fenomenos en apariencia sobrenaturales, del futuro glorioso que espera á la humanidad. Para el ciego la luz es inconcebible; á aquellos á quienes el desarrollo de sus facultades psíquicas es cosa no existente, semejantes fenómenos aparecen como supersticiones ó como fraudes. Y sin embargo, el simple razonamiento científico se aproxima tanto á la verdad muchas veces, que uno difícilmente puede creer que, á manera de sonámbulos que no se enteran de lo que está pasando ante sus ojos abiertos, pueda citarse á muchos el antiguo proverbio: «Nadie es tan ciego como aquel que no quiere ver.» Sin embargo, todavía hay esperanza para el hombre. El Materialismo con su fúnebre perspectiva de la estinción de toda vida, y de toda inteligencia con la tumba. El Agnosticismo con su Incognoscible desolado, pueden arruinar á la personalidad durante unas pocas encarnaciones; pero el *ego real*, permanece en lo alto un espectador imparcial é imperturbable.

Ni se pretende tampoco que cualquier desarrollo de las facultadas psíquicas lleve consigo ninguna superioridad intelectual. Por el contrario, los psíquicos son, con la mayor frecuencia, naturalezas desequilibradas. Lo mismo que la visión física, las facultades psíquicas no merecen la más mínima confianza hasta que han sido pesadas y analizadas por la razón. Los psíquicos están dispuestos á pensar, con demasia la frecuencia, que por obtener sus fenómenos de una manera y por métodos no acostumbrados tienen que ser considerados como infalibles. Nada de esto: la razón es el árbitro supremo. Ni debe nadie aceptar ningún fenómeno como cierto, desde el momento en que se halla en oposición con su razón. Haciéndolo así, cometería un pecado contra su propia inteligencia, y el efecto del mismo no podria ser más que malo. Sin embargo, no debemos precipitarnos en condenar. Si imaginamos un período en la evolución humana, durante el

cual los ojos físicos empezaban á funcionar débilmente en algunos individuos, comprenderemos lo improbable que la relación de las maravillas imperfectamente percibidas y quizás erróneamente interpretadas, parecería á aquellos cuyo tacto sería quizás el único medio de ponerse en relación con el mundo esterior. Y sin embargo, estos últimos, no teniendo perturbadas sus facultades raciocinadoras por el ingreso de fenómenos nuevos y estraños, podrían perfectamente estar en posición de analizar mejor y de asignar â los nuevos hechos su importancia relativa.

Habiendo hecho ver, como esperamos y creemos que hemos hecho, que el espíritu ó conciencia inteligente domina á toda la materia, y que aquella porción del mismo que constituye la humana conciencia debe, según todas las leyes de la razón, de la lógica y de la evidencia, persistir después de la muerte; habiendo hecho que los mismos argumentos de nuestros contrarios, ó sean las leyes materialistas de la conservación de la fuerza y de la correlación de la energía, den testimonio en favor nuestro, concluyamos ahora con unas pocas observaciones referentes á lo que la Teosofía es en realidad, y á lo que enseña.

No es un rebrote del Buddhismo, aunque muchos Buddhistas figuren en sus filas y vean en sus enseñanzas el reflejo de las enseñanzas de Buddha. No es Cristianismo, aunque muchos Cristianos la acepten, encontrando en ella la realización de su ideal acerca del Cristo perfecto. No es Espiritismo, aunque muchos espiritistas encuentren en ella la confirmación de muchas cosas en las que creen. No es Materialismo, á pesar de que materialistas místicos figuren en la India en sus filas. Es la Sabiduría Religión, reflejos de la cual circulan, á manera de hilo de oro, al traves del Buddhismo, Brahmanismo, Zoroastrismo, Induismo, Paganismo, y se encuentran también en los principios más sagrados del moderno Agnosticismo científico. Aquello que tiene por lema: «*No hay religión más elevada que la Verdad*», acepta y busca sus principios en cualquier lugar en el cual pueda la verdad encontrarse.

Esto en lo referente á su origen. Enseña fraternidad absoluta y práctica, fundada en el hecho científico de la unión é igualdad absolutas de todos los *Egos*.

Enseña la Reencarnación, ó sea el renacimiento repetido del ego en cuerpos físicos; borrando con ello la confusión, injusticia, y lo irracional de la teoría de un solo nacimiento.

Enseña Karma, ó la conservación de la fuerza en el plano de la ética;

aboliendo así la interferencia autocrática de ningun dios personal, y haciendo á cada uno de los hombres el árbitro de sus propios destinos.

Enseña la creencia en una existencia futura racional, sin dogma ninguno referente á cielos é infiernos tan pueriles como imposibles.

Enseña la existencia de estados infinitos de conciencia, de los cuales, el de la roca, lo mismo que el del hombre, son sólo grados diferentes de espresión de la misma Conciencia Universal.

Estos y muchos otros principios son los que se hallan comprendidos en su filosofía. Nadie puede apreciar más vivamente que el autor mismo, cuan imperfecto es este breve bosquejo y cuan indigno de la magnífica filosofía ciencia y religión que ha intentado diseñar. Asi como un viagero se ve obligado, para llegar á su destino, á echar sólo una ojeada á paisajes bellos adornados de árboles y fuentes, del mismo modo nos hemos visto obligados casi en cada sentencia á omitir su esplicación colateral, tanto como probatoria de nuestras esplicaciones, y tambien á prescindir de digresiones en realidad necesarias hasta para una elucidación parcial de nuestro asunto.

No vaya á suponer aquel á quien este artículo caiga en sus manos, que la conciencia se desenvuelve á lo largo del sendero trillado que conduce desde el elemento al dios. Existen infinitas sendas y senderos; y ni siquiera dos de ellos son precisamente lo mismo; conduciendo todos, sin embargo, á la Gran Causa Primera, de la cual hemos procedido todos y á la cual todos volveremos. Y mientras tanto, como ninguno posee el conocimiento perfecto; como no existe nada absolutamente, ni dentro ni fuera de nosotros, que razonado hasta sus últimos límites no constituya un misterio profundo; como nos encontramos rodeados por completo de dudas, temores é incertidumbres, no gastemos la poca fuerza que tenemos en combatir mútuamente nuestros conceptos de la verdad, sino al contrario ayudémonos unos á otros fraternalmente, reconociendo que en la unión reside la fuerza y agradeciendo devotamente la menor cantidad de luz que nos es enviada por la ciencia, la religion, la filosofía, ó TEOSOFÍA al través de los mares desconocidos que nuestras naves estan surcando.

JEROME A. ANDERSON

TEORÍAS EN MITOLOGÍA COMPARADA (1)

Las obras de los señores *Max Müller* y *Andrew Lang* sobre la Mitología comparada y sus recientes debates en el *Nineteenth Century* (Siglo xix) han hecho relativamente fácil dar un golpe de vista y hacer un estudio de conjunto en el campo de estos trabajos.

La *hipótesis solar* y la *teoría antropomórfica* se exponen en ellos de una manera muy hábil; pero no se puede decir que la cuestión se haya resuelto mejor en un sentido que en otro. No nos parece, pues, fuera de propósito que hagamos aquí algunas observaciones referentes á los mitólogos indos, á los que podríamos llamar los Purânistas. Los *sanscritistas* saben que ciertos autores de la India antigua, y especialmente del periodo purânico, han intentado dar una explicación racional de algunos mitos que, con diversos disfraces, han aparecido en toda la literatura antigua, y de los cuales aun hoy se encuentran reproducciones vivientes entre las familias menos avanzadas del género humano. La principal objeción que se hace á las explicaciones purânicas es que conducen al misticismo. Mas, parécenos que si estas explicaciones son por otra parte satisfactorias y lógicas, su interés y su importancia no son menos considerables, puesto que arrojan una viva luz sobre la evolución psicológica del hombre, cualquiera que pueda ser el valor de las doctrinas filosóficas que encarnen.

Las dos escuelas rivales concuerdan en reconocer que la psicología es el elemento más importante de la mitología comparada, pero no se entienden ya cuando se trata de la aplicación de este principio. Los que siguen la teoría solar han adoptado el método de descender desde un nombre *mítico* hasta su raiz etimológica para componer despues, gracias á la cultivada imaginación de sus espíritus modernos, una interpretación de los mitos agrupados al rededor de aquel nombre. La psicología que emplean estos etimologistas para constituir la mitología comparada, es pues la psicología de la civilización del Siglo xix; podría ser la misma de la época de los mitos, pero sería menester probar que la psicología no está gobernada por la ley de evolución, que el conocimiento no hace más que extenderse en superficie sin aumentar en profundidad. Sin perderse en problemas abstractos, puede uno preguntarse sí, de hecho, mientras que el sér humano se desarrolla desde la infancia á la vejez, su espíritu permanece inmutable y

(1) Traducido del francés y publicado en *Le Lotus*, n.º 3, mayo de 1887.

no progresa con el número de los hechos percibidos. No se puede dudar de la respuesta que darían todos los psicólogos serios. *Si la calidad del espíritu hubiera sido constante, la educación no tendria ningún valor, y el género humano, acumulando todos los hechos cognoscibles, hubiera llegado en algunos siglos al límite absoluto de su perfección.*

El método de los antropólogos parece constituído sobre una base psicológica más sólida. Consiste ésta en reunir todos los mitos del mundo entero según las referencias de más confianza. Deberáse, pues, estudiar la psicología de los pueblos que creen en los mitos, para deducir según las reglas empleadas en la lógica y «en consecuencia», dice M. Andrew Lang (1), estudiaremos los mitos y la psicología de los salvajes. Pero los pueblos salvajes no son sólo los que creen que los mitos sean verdades. Siguiendo el método mismo de los antropólogos, la mejor fuente de noticias sobre las condiciones psicológicas de un pueblo creyendo ó habiendo creido en los mitos se encuentra naturalmente en los tratados de psicología producidos ó adoptados por el pueblo mismo. Evidentemente que no pueden encontrarse tratados de este género si nos limitamos á buscarlos entre los salvajes, pero la India es un país en donde, en todo tiempo, los mitos han prevalecido como artículos de fé ortodoxa y son aun actualmente aceptados como tales por la masa de la población indostana. Entre las obras de los antiguos psicólogos indos que creían implícitamente en los dioses y en los maravillosos poderes del hombre, un gran número han llegado hasta nosotros, y muchas de ellas traducidas se hallan al alcance de los europeos. Todo el mundo reconoce que la escuela filosófica *Sankhya* descansa en una base puramente racional, y sin embargo, esta filosofía india trata de los dioses y de los poderes sobrehumanos tan libremente como de cualquiera otra cuestión de pura psicología, la sensación por ejemplo (2). Puede notarse también que el hilo de esta filosofía *Sankhya* atraviesa de parte á parte los *Purânâs* y los *Tantras*. Ejemplos y citas son inútiles, no estando traducidos la mayor parte de estos escritos (3). El estudio del Sanscrito es, pues, de una importancia capital para la Mitología comparada, pero este estudio no

(1) *Nineteenth Century*, 1886.
(2) Sankhya Kârikâ, Colebrooke and Wilson, pp. 113, 83.
(3) Vean los sanscritistas el *Vishnu Purâna* el *Bhagavad Purâna* pasim y sobre todo el *Kurma Purâna* ch. XLII-III, *Padma p. Sarga* kh., ch IX, *Brahmañara Tantra*, pasim.

producirá sus mejores frutos más que seguido con un espíritu de investigación psicológica (1).

Los sanscritistas que aceptan la hipótesis solar ignoran la explicación de los mitos que corre en la India, bajo pretexto que tiende al misticismo. Pero ¿qué razón tenemos para suponer que el misticismo no haya sido la fe religiosa de las antiguas razas? Inútil es afirmarlo, pero injusto es negarlo; y existen en resumen tan buenas razones para trabajar sobre la hipótesis mística como sobre cualquier otra. Precisamente porque Max Müller ha merecido noblemente su reputación por sus sabias investigaciones en una región tan poco accesible al público, esta acusación de negligencia es grave.

Cuando el *tabú* (2) habrá sido levantado y la hipótesis purâmica podrá entrar en línea con la consideración que le es debida, encontrará aliados entre los antropólogos con los cuales afirmará y engrosará sus filas, modificando á la vez ciertos aspectos de sus conclusiones actuales. En dos palabras: el principio fundamental del método purânico es que la unidad se encuentra en el fondo de todas las cosas vivientes.

Que los purânistas indostanos hayan creido este axioma panteista como una verdad absoluta, no le importa á la Mitología comparada más que como hecho histórico, pero de ninguna manera bajo el punto de vista filosófico. Los purânistas, basándose en este fundamento panteista, llegan naturalmente á este colorario. Todo lo que el hombre puede descubrir en sí mismo por el análisis psicológico, debe existir á su alrededor. Todo mito se explica, pues, como la representación, la encarnación de los elementos psicológicos que constituyen el hombre, y que accionan y reaccionan sobre la naturaleza entera, No hay duda que este sea el método de los purânistas de todos los países; en cuanto á los de la India puede uno convencerse consultando el *Adhyâtma Râmâyana* (3) que forma una parte del *Brah-*

(1) Un ejemplo lo probará. El término técnico *Buddhi* de la filosofía Sankhya es universalmente tra lucido por «inteligencia» ó algo equivalente, pero de este *Buddhi* evoluciona la egoidad (del latín *ego* yo). Difícil es ver como el intelecto (inteligencia) pueda existir antes que la egoidad (personalidad). Para tener derecho á reprochar esta dificultad al filósofo, seria menester desde luego probar que si él hubiera escrito en nuestra lengua, hubiera escrito la palabra inteligencia. En ausencia de semejante prueba, puede acusársele de no ser comprensible, pero deberían desformar sus opiniones debidas á una mala traducción.

(2) Voz polinesia que significa *sagrado, prohibido, interdicto.*

(3) Esta obra aun no está traducida. Pueden citarse el Nrisimha, el Rama y el Gopala Upanishads.

manda Purâna, que intenta dar sobre las bases de la filosofía *Sankhya*, una interpretación espiritualista del gran poema épico de *Vâlmiki*.

La exposición completa del método purânico exigiría un tratado que serviría de introducción á esta filosofía *Sankhya*, base sólida, sino cronológica, de la psicología y la ontología de todos los pueblos que creen en los mitos. Todas las particularidades del espíritu salvaje, sus creencias en el poder de los curanderos, su *Totemismo* (1) y otras formas fantásticas de la Metempsícosis, se encuentran representadas por las premisas filosóficas en el sistema *Sankhya* de *Kapila*. Contentémonos aquí con aserciones generales, pues los detalles no entran en nuestro plan.

Los pueblos en cuestión creen que hay en la naturaleza un principio de conciencia, universal é inmutable, inherente á una sustancia universal que, obedeciendo á la fuerza de que ella misma es la encarnación, desenvuelve este universo de formas y de nombres. En este proceso de evolución, el principio de conciencia parece que evolua el mismo, así como la luz proviniendo de un foco perenne y fijo parece que cambia según cambian las superficies sobre las que se refleja. Si figuramos por la superficie reflectora la materia del universo objetivo, ó mejor la parte de esta materia de que está formado el cuerpo humano y lo que le rodea, y por la luz el espíritu ó conciencia, las fuerzas que producen los cambiantes ó el reflejo de la luz representarán el alma. Mientras tanto que el principio de conciencia ó la noción del yo parezca seguir al cuerpo y su destino con el sentimiento de identidad que le está unido, la vida del sér en tanto que humana continúa: una vez comprendido, por la abstracción, que la conciencia permanece constante á través de todos los cambios posibles, se supone al alma desligada de los lazos de la materia. No hay que olvidar que con esta variedad infinita de formas derivadas de una sustancia común, una multitud de correlaciones complicadas se presentan naturalmente.

Estas doctrinas, bajo la forma ligeramente apuntada, no pueden evidentemente descubrirse en la conciencia del yo que posee un salvaje, pero sus gérmenes ó sus residuos (la cuestión acabará por ser resuelta) allí están. Y seguramente se puede deducir de la observación de los sistemas filosóficos desenvueltos en las razas que creen en los mitos, que si nace un filósofo entre los salvajes llegará al mismo resultado.

Puede esperarse de antemano, si la teoría purânica tiene razón, que

(1) *Totem*. Palabra sinónima de emblema sagrado entre los indios americanos.— N. del T.

se encontrarán en muchos mitos ciertas inconsecuencias embarazosas, porque todo desorden del mecanismo psicológico debe necesariamente reflejarse en la composición de los mitos. Pero estas dificultades no son de naturaleza tal que nos puedan cegar sobre el camino que deberá seguir la interpretación.

M. Andrew Lang ha demostrado claramente [1] cuan prematuro es pretender con Max Müller que «la teoría solar no es hoy una teoría, sino un hecho demostrado.» También ha hecho ver la poca seguridad de la ecuación Ahâna=Daphné=la aurora: Así pues, para experimentar los méritos relativos de las teorías solar y purânica, nos serviremos de un grupo de mitos que Max Müller presenta en apoyo de su teoría. La historia de *Purûravas* y de *Urvasi* que se encuentra en el *Satapatha Brâhmana* ha sido revindicada como mito solar é identificada con la leyenda de *Orfeo* y *Euridice*. Max Müller quiere que *Purûravas* sea el sol, «apenas hay necesidad de probar» dice «que el nombre de *Purûravas* es el apropiado á un héroe Solar.» [2] En apoyo de esta aserción presenta una prueba etimológica que no nos parece absolutamente cierta, [3] y pretende que *Purûravas* se dá á sí mismo el nombre de *Vasishta* y *Vasishta*, bien que generalmente comprendido como el nombre de un poeta lírico, es el aumentativo ó superlativo de *Vasu*, brillante, y también, por consiguiente, un nombre del Sol. Otra prueba de que *Vasishta* es el Sol, según el mismo autor, es el hecho de que se le llame hijo de *Mitra* (el día), *Varuna* (la noche) y *Ur-*

(1) Nineteenth Century, enero 1886.

(2) Chips from á German Workshop, II, 101.

(3) «*Purûravas*, nos dice el sábio pandista, significa la misma cosa que πολυδευκης dotado de mucha luz, pues aunque *ravas* se aplica ordinariamente al sonido, la raiz *ru*, que en el origen significaba *gritar*, se aplica también al color, en el sentido de decir —color vivo ó chillón,—es decir, rojo.» Pretende también establecer el uso de la raíz RU sobre dos citas: La primera, «El fuego grita con la luz» (R. V.—vi 36). No vemos porque la voz *gritar* se aplica aquí á la luz mejor que á los estallidos y silbidos del fuego. La segunda: «El Sol grita como un niño recien nacido» (R. V.—IX, 74, I), y tampoco aqui está en lo cierto. Nada prueba que el texto de la palabra *gritar* se aplique á la luz y no á la naturaleza que se despierta y saluda con un grito de júbilo al recien nacido Rey del día. Para justificar su proposición, compara *ruber*, *rufus* (Lithvando O. H. G. *rot* *rudhira* ηρυθρὸς y el sanscrito *ravi* Sol). Claro está que se debe excluir esta última voz porque la conexión de *ravi* con *ru* es cuestionable, y la etimología india, corriente de ella, es del todo diterente. En cuanto á las otras si se remontan á la raíz *ru*, al homonimo *root* que significa *matar*. El sanscrito *rudhira*, sangre, es generalmente derivado de *rudh*, matar.

vasi;—producto de la aurora—siendo un epiteto del Sol (1). Luego si esta genealogía es justa, hay otro poeta Védico (de Veda) *Agastya*, que posee exactamente el mismo parentesco y que tendría derecho al mismo honor. Pero nada en la etimología del nombre *Agastya* ni en los mitos que lo envuelven puede servir de apoyo á la teoría Solar. El mito, que lo hace gobernante de *Canope* no puede justificar semejante identificación, pues en este caso *Dhruva*, gobernante de la estrella polar é hijo del Rey *Uttanapâda* debería participar de igual suerte; luego parece ser, según toda clase de indicios, que ha sido un *hombre real* que ha existido realmente. ¿No puede ser, pues, que la voz *Vasishta*, aplicada al Rey *Purûravas*, signifique sencillamente resplandeciente de luz ó de gloria, sin ninguna alusión al Sol?

(Se concluirá.)

Traducido por *Leajar*. MOHINI M. CHATTERGI (M. S. T.)

POR LAS PUERTAS DE ORO

CAPÍTULO IV

LA SIGNIFICACIÓN DEL DOLOR

I

Lánce̲se una mirada en el seno profundo de la vida, de donde viene el dolor á ennegrecer las existencias de los hombres. En los umbrales siempre permanece, llevando tras de sí, la desesperación.

¿Quiénes son estas dos macilentas figuras, y por qué les está permitido el ser nuestras compañeras constantes?

Nosotros somos los que se lo permitimos, nosotros los que se lo ordenamos, del mismo modo que ordenamos y permitimos la acción de nuestros cuerpos; y lo hacemos inconscientemente. Si por medio de experimentos y observaciones científicas, hemos aprendido mucho en cuanto á nuestra vida física, del mismo modo, á lo que parece, adoptando métodos análogos, podríamos por lo menos obtener resultados semejantes, en lo que á nuestra vida interna se refiere.

Aparece el dolor, se suaviza, rompe y destruye. Considerado desde un punto lo suficientemente apartado, aparece como una medicina, como un cuchillo, como una arma, como un veneno, sucesivamente. Es un utensilio,

(1) Chips, II, 101.

una cosa que evidentemente es usada: lo que deseamos nosotros descubrir es, quien es el que del mismo hace uso; ¿cuál es la porción de nosotros mismos que pide la presencia de esta cosa tan odiosa para todas las demás?

La medicina es empleada por el médico, el escalpelo por el cirujano, pero el arma de destrucción es usada por el enemigo, por el que aborrece.

¿Sucede entonces, que nosotros no solo nos valemos de medios, ó deseamos hacer uso de los mismos en beneficio de nuestras almas, sino que también intentamos la guerra en el santuario interno, y el combate dentro de nosotros mismos? Al parecer es así: porque á la verdad, si la voluntad del hombre se debilitase respecto de lo anterior, no querría por más tiempo retener la vida, en aquel estado en el que el dolor existe. ¿Por qué desea él su propio daño?

La contestación puede á primera vista quizás ser, que él principalmente desea el placer, y que por lo tanto, desea continuar en aquel campo de batalla en donde lucha con el dolor, para vencerle, esperando siempre que el placer obtendrá la victoria, y tomará posesión de su individuo. Este es sólo el aspecto externo del estado del hombre. Conoce bien que en sí mismo el dolor y el placer dominan juntos, y que aunque la guerra siempre se intente, jamás aquel será vencido. El observador superficial, deduce que el hombre se somete á lo inevitable. Pero aquello es una falacia indigna de discusión. Pensando un poco más seriamente, vemos que el hombre, despues de todo, no existe más que por el ejercicio de sus cualidades positivas; lógico es únicamente, el suponer que él escoge el estado en el cual quiere vivir, por medio del ejercicio de estas mismas cualidades.

Concedido pues, en consideración á nuestro argumento, que él desea el dolor; ¿por qué desea una cosa tan molesta para sí mismo?

II

Si cuidadosamente estudiamos la constitución del hombre y sus tendencias, observaremos como si en él existiesen dos direcciones definidas en cuyo sentido se desarrolla. Es como un árbol que clava sus raices en la tierra, al paso que lanza sus tiernas ramas á los cielos. Estas dos líneas que parten desde el punto central y personal, son para él, claras, definidas é inteligibles. A la una le llama bien, á la otra mal. Pero el hombre no es según ninguna analogía, observación ó experiencia, una línea recta. Su vida, su progreso, su desarrollo, llámese como se quiera, no consiste meramente en seguir un camino recto ú otro, como pretenden los afiliados á las Religiones. La cuestión, el gran problema sería entonces fácil y estaría

completamente resuelto. Pero no es tan fácil ir al infierno como dicen los predicadores. Es una empresa tan difícil como encontrar el camino hacia las Puertas de Oro. Puede un hombre estar sumido por completo en los placeres sensuales, puede al parecer degradar su naturaleza entera, á pesar de todo no se convierte en un perfecto diablo, porque todavía la centella de la Luz Divina en su interior permanece. Él pretende elegir el ancho camino que á la destrucción conduce, y empieza valientemente su temeraria carrera. Pero muy pronto se siente sobrecogido, refrenado por alguna tendencia inconcebible en sí mismo, que es alguna de las muchas otras radiaciones que parten del centro de sí mismo. Sufre, como el cuerpo sufre cuando desarrolla monstruosidades que impiden su acción saludable. Él ha creado el dolor, y se ha encontrado con su propia creación. Podrá parecer que este argumento es de difícil aplicación respecto al dolor físico. No es así si el hombre es considerado en un plano mucho más elevado que el que nosotros generalmente ocupamos. Si se le mira como á una poderosa conciencia, que origina sus manifestaciones en harmonía con sus deseos, es evidente entonces, que el dolor físico resulta de la deformidad en aquellos deseos. Sin duda alguna, esta concepción del hombre parecerá á muchas inteligencias en exceso gratuita, y que lleva consigo un salto mental demasiado grande, hacia aquellos lugares desconocidos en que la prueba no es posible obtenerla. Pero si la mente se acostumbra á considerar la vida bajo este punto de vista, entonces, muy pronto, ningún otro es aceptable; los hilos de la existencia que al observador puramente materialista, aparecen sin remedio confundidos, se separan y rectifican, tan pronto como una nueva forma de comprensión ilumina al universo. El arbitrario y cruel Creador que á capricho inflinge el dolor y concede el placer, desaparece entonces de la escena; y es lo que debe suceder, porque ya es un carácter innecesario, peor todavía, es ya un muñeco de paja, que no puede despues de todo erguirse sobre las tablas, sin que por todos lados los dogmáticos le sostengan. El hombre viene á este mundo, seguramente, por la misma razón que vive en una ciudad de la tierra ó en otra; y despues de todo, si es una exageración el decir que esto es así, puede uno con toda seguridad preguntar, ¿por qué no es así? No existen para ello razones ni en pro, ni en contra á las que el materialista pueda apelar, ó que sean de peso, ante un tribunal de justicia. Pero yo aseguro en favor del argumento, que ningún hombre, habiendo una vez considerado seriamente lo anterior, puede volverse atrás hacia las teorías formales de los escépticos. Sería lo mismo que si en pañales se envolviese de nuevo.

Concedido, pues en consideración al argumento, que el hombre posee una poderosa conciencia, que es su propio creador, su propio juez, y en cuyo interior existen las potencialidades de toda vida, hasta el objetivo final; permítasenos entonces considerar, porque el mismo es quien se causa el sufrimiento.

Si el dolor es el resultado de un desarrollo desigual, de un crecimiento monstruoso, de un adelanto imperfecto en diferentes puntos, ¿por qué no aprende el hombre la lección que esto le enseña, y no procura desarrollarse por igual?

A mi parecer la contestación á esta pregunta sería, que esta es la verdadera lección que la raza humana está empeñada en aprender. Quizás esto puede parecer una afirmación audaz en exceso, en presencia del modo ordinario de pensar, que ó bien considera al hombre como una criatura hija de la casualidad, viviendo en el caos, ó como un alma encadenada á la rueda inexorable del carro de un tirano, y lanzada al cielo ó precipitada al infierno. Pero un modo tal de pensar, es despues de todo, el mismo que el de un niño que mira á sus padres como los árbitros finales de sus destinos, y de hecho como los dioses ó demonios del universo. A medida que crece, arroja de sí esta idea, encontrando sencillamente que es una cuestión de avanzar en años, y que el mismo es el rey de la vida, como cualquier otro hombre.

Así es con respecto á la humana raza. Es el rey del mundo, árbitro de su propio destino, y nadie existe que pueda decirle, no. El que habla de Providencia y de casualidad, no se ha tomado el trabajo de pensar.

El destino, lo inevitable, existe á la verdad, lo mismo para la raza que para el individuo. ¿Pero quién puede marcar su linea de acción, si no es el hombre mismo? Ni en los cielos ni en la tierra existe nada que dé motivo para suponer la existencia de más ordenador que el hombre mismo, que sufre ó goza con lo que está prescrito. Lo que sabemos acerca de nuestra constitución es tan poco, somos tan ignorantes en lo referente á nuestras divinas funciones, que es para nosotros imposible saber si en la actualidad estamos poco ó mucho sujetos al destino. Pero, lo que despues de todo sabemos, es que, nada que dé motivo á la existencia de un ordenador ha sido todavía descubierto. Mientras que, si sólo concedemos una muy pequeña atención á la vida que en torno nuestro existe, con objeto de observar la acción del hombre sobre su propio futuro, pronto percibimos este poder, como una fuerza actual en operación. Es visible aunque nuestro campo de visión sea tan limitado.

El hombre del mundo, puro y sencillo, es de con mucho el mejor observador práctico y filósofo con respecto á la vida, porque no está cegado por ninguna clase de preocupaciones. Siempre se le encontrará creyendo, que según lo que el hombre siembra, recoge. Y es esto tan verdadero, que si uno abarca el más ancho campo de visión incluyendo toda la vida humana, se hace comprensible la funesta Nemésis que tan concienzudamente parece perseguir á la raza humana, aquella inexorable aparición del dolor en medio del placer. Los grandes poetas griegos veían esta aparición tan claramente que sus registradas observaciones, nos han dado á nosotros observadores más jóvenes y más ciegos, idea de la misma. No es verosímil, que una raza tan materialista como la que sobre todo el Occidente se ha desarrollado, hubiese descubierto por sí misma este factor terrible de la vida humana, sin el auxilio de los más antiguos poetas, los poetas del pasado. Y con motivo de esto podemos indicar, dicho sea de paso, una utilidad distinta que del estudio de los clásicos resulta; ó sea que las grandes ideas y hechos acerca de la vida humana que en la poesía de las grandiosas figuras de la antigüedad existen, no se perderán por completo, como sucede con sus artes. Indudablemente el mundo florecerá de nuevo, y pensamientos mucho más grandes, y descubrimientos mucho más profundos que todos los del pasado, serán la gloria de los hombres de la eflorescencia futura. Pero hasta que aquel día lejano llegue, por mucho que apreciemos los tesoros que nos han sido legados, nunca será lo suficiente.

Un aspecto de la cuestión existe, que al parecer y á primera vista, es positivamente negativo, en cuanto á este modo de pensar: es el sufrimiento en él, en apariencia, cuerpo puramente físico de los séres mudos, niños de corta edad, idiotas, animales, y su desesperada necesidad, del poder que á consecuencia de cualquier clase de conocimiento viene á auxiliarles en medio de sus sufrimientos.

La dificultad que con respecto á esto en la mente se origina, procede de la insostenible idea de la separación del alma del cuerpo. Se supone, por todos aquellos que sólo si fijan en la vida material (y especialmente por los médicos de la carne), que el cuerpo y el cerebro son un par de compañeros que viven juntos, mano á mano, y reaccionan uno sobre el otro. Más allá de lo cual, ninguna causa reconocen, y por lo tanto no permiten exista ninguna. Olvidan que el cerebro y el cuerpo son evidentemente meros mecanismos como la mano ó el pie. Allí permanece el hombre interno, el alma, haciendo uso de todos estos mecanismos; y esto es una verdad tan

evidente respecto de todas las existencias que conocemos, como en lo que al mismo hombre se refiere. Ningún punto podemos encontrar en la escala de los séres, en el cual el proceso de causación que procede del alma cese, ó pueda cesar. La ostra insensible debe tener en sí misma aquello que hace que escoja la vida inactiva que la caracteriza; nadie por de contado la escogería para él, más que el alma que en su seno se oculta, y que le dá el sér. ¿Cómo podría de otra manera estar en donde está, ó existir en absoluto? Unicamente por medio de la intervención de un creador imposible, llamado por un nombre ó por otro.

A causa de ser el hombre tan indolente, y de estar tan poco dispuesto á asumir ó á aceptar la responsabilidad, recurre al expediente de esta falsificación temporal de un creador. Es en verdad temporal, porque puede únicamente existir mientras dure la actividad del poder cerebral particular que está en su lugar entre nosotros. Cuando el hombre arroja su vida mental detrás de sí, necesariamente abandona con ella su linterna mágica, y las placenteras ilusiones que con ayuda de la misma ha conjurado. Debe ser aquel un muy penoso momento, y debe producir un sentimiento de desnudez, al cual ninguna otra sensación comparársele pueda. Al parecer podría uno mismo evitar tan desagradable experiencia, reusando aceptar fantasmas imaginarios como entidades de carne, sangre y poder. Le gusta al hombre lanzar sobre el Creador la responsabilidad, no solo de su capacidad para pecar y de la posibilidad de su salvación, sino que la de su misma vida, su verdadera conciencia. A la verdad que es un pobre Creador el que de tal modo se contenta, que se complace con un universo de muñecos, y se divierte tirando de sus hilos. Si es capaz de entretenerse de un modo semejante, debe todavía estar en su infancia. Quizás es así, despues de todo, el Dios que en nuestro interior reside es todavía un niño, y reusa reconocer su más alto estado. Si á la verdad, el alma del hombre está sujeta á las leyes de crecimiento, de disminución y de renacimiento del mismo modo que su cuerpo, no hay entonces motivo para maravillarnos de su ceguera. Pero evidentemente no es esto así, porque el alma del hombre pertenece sin duda á aquel orden de vida que origina la hechura y la forma, y al cual estas cosas no afectan, á aquel orden de vida que á manera de la pura y abstracta llama, arde siempre que es encendida. No puede el tiempo cambiar ó afectar á esta, pues por su misma naturaleza es superior al crecimiento y á la decadencia. Permanece en aquel lugar primitivo, que es el único trono de Dios: en aquel punto del cual brotan las formas de la

vida, y al cual vuelven. En aquel lugar, el punto central de la existencia permanece, en donde un foco permanente de vida reside como en el centro del corazón del hombre. Por medio del desarrollo por igual, es como, primero, por el reconocimiento de lo mismo, y despues por su harmónico desenvolvimiento sobre las muchas líneas radiantes de experiencia, el hombre adquiere por fin la facultad de llegar á las Puertas de Oro, y de levantar su aldaba. El proceso es el reconocimiento gradual del dios en sí mismo; la meta es alcanzada cuando aquel dios doméstico es restablecido conscientemente á su legítima gloria.

III.

Lo primero que necesariamente debe hacer el alma del hombre con objeto de lanzarse á esta gran empresa, para descubrir la verdadera vida, es lo mismo que ante todo hace el niño al desear la actividad de su cuerpo, debe ser capaz de mantenerse en pié, claro es que el poder de mantenerse á pié firme, de equilibrio, de concentración, de rectitud en el alma, es una cualidad de un carácter sobresaliente. La palabra que más gráficamente describe esta cualidad es «confianza.»

Permanecer todavía en el seno de la vida y de sus cambios, y mantenerse firme en el lugar escogido, es un hecho que solo puede ser llevado á cabo por el hombre que tiene confianza en sí mismo, y en su destino. De otra manera las formas turbulentas de la vida, la marea avasalladora de los hombres, las grandes corrientes de pensamiento, deberán inevitablemente arrastrarle consigo, perdiendo entonces aquel punto de conciencia, desde el cual es posible lanzarse á la grande empresa. Este acto del hombre recien nacido, *debe* ser llevado á cabo conscientemente, y sin que la menor influencia exterior sobre él obre. Todos los grandes de la tierra han poseido esta confianza, y han permanecido firmemente en aquel lugar que era para ellos el único punto sólido del universo. Para cada hombre este lugar es necesariamente distinto; cada hombre debe encontrar su propia tierra y sus propios cielos.

Poseemos el deseo instintivo de remediar el dolor, pero en esto como en todo lo demás, solo nos ocupamos de exterioridades. Lo que hacemos, es sencillamente aliviarlo; y si hacemos más y lo arrancamos de la primera fortaleza que ha escogido, aparece en algun otro sitio con vigor redoblado. Si eventualmente es lanzado del plano físico, gracias á esfuerzos persistentes y felices, reaparece en los planos mental ó emocional, en donde ningun

hombre puede influir en el mismo. Que esto es así, es facilmente visto por todos aquellos que unen los distintos planos de sensación, y que observan la vida con aquella iluminación adicional. Los hombres acostumbran á considerar estas distintas formas de sentimiento, como actualmente separadas; mientras que, de hecho son con toda evidencia, tan solo diferentes lados en torno de un mismo centro, el punto de personalidad. Si aquello que en el centro brota, la fuente de vida, pide alguna acción penosa, y á consecuencia de la misma causa dolor, la fuerza así creada lanzada de una fortaleza, debe encontrar otra; no puede ser destruida. Y todas las combinaciones de la vida humana que dan lugar á la emoción y al dolor, existen con objeto determinado, sucediendo lo mismo en todas aquellas que dan lugar al placer. Ambas tienen su mansión en el hombre, ambas piden la espresión de su derecho. El maravillosamente delicado mecanismo de la forma humana, está construído para responder á su más ligero contacto; las confusiones extraordinarias de las relaciones humanas se desenvuelven por sí mismas, para la satisfacción de estos dos grandes antagonistas del alma.

El dolor y el placer permanecen apartados y separados como lo están ambos sexos; y confundiéndolos, haciendo de los dos uno, es como el gozo, la sensación y la paz profundas se obtienen; allí en donde no existe ni macho ni hembra, ni placer ni dolor, allí el dios en el hombre domina, allí impera la vida real.

El presentar la cuestión de este modo podrá tener demasiados puntos de analogía, con lo que el dogmático afirma sin que nadie le contradiga desde un púlpito seguro. Pero es dogmatismo únicamente, como es dogmatismo el recuerdo del esfuerzo de un sabio en una dirección nueva. A menos que la existencia de las Puertas de Oro, pueda probarse es real, y no una simple fantasmagoria de visionarios fantásticos, entonces no son dignos ellos, despues de todo de hablar acerca de las mismas. En el siglo décimonono, solo hechos concluyentes ó argumentos legítimos, influyen en las inteligencias de los hombres. Y esto es de con mucho lo mejor. Porque á menos de que la vida hacia la cual avanzamos aumente incesantemente en realidad, y sea actual, no merece la pena de que desperdiciemos el tiempo yendo hacia la misma. La realidad es la mayor necesidad del hombre y él la pide á toda costa, á cualquier precio. Esto es lo que sucede; nadie dudará que está en su derecho. Marchemos pues en busca de la realidad.

(Se concluirá.)

REVISTAS TEOSÓFICAS

The Path de enero contiene los siguientes artículos: dogmatismo en Teosofía. *Sobre la Curación Metafísica:* por W. Q. Judge; como no puede menos de suceder, su autor, el alma de la S. T. en América, hace resonar de nuevo la nota de alarma, poniendo en guardia contra todos los que hoy curan ó pretenden curar enfermedades físicas por medio de la sugestión mental, « el que cura, jamás debe obrar ni consciente ni inconscientemente sobre la mente del enfermo; » este es un principio que no admite escepción en la Teosofía de buena ley. «*Unas palabras acerca la Teosofía,* » por Ella Wheeler Wilcox. Es un artículo de caracter sumamente práctico y que debe ser leido con atención; « *Indicaciones acerca de la D. S.* » por W. Q. J. « *Lección acerca de las Stanzas de la D. S.* » es por Miss Bandusía Wakefield, *Tea Table Talk:* de este número, no resulta á la verdad, conversación propia para la hora de tomar el té: no nos presenta niños fenomenales: y la conversación gira sobre dos frases conocidas, la una la contestación de H. P. B. á la pregunta de « ¿Cuál es el primer paso en Ocultismo? » á la que contestó « El adaptar vuestros pensamientos á vuestra potencia plástica ». Y la segunda, es el aforismo tan conocido de Patanjali. « Durante el tiempo de la concentración, el alma permanece en el estado de un espectador sin un espectáculo ». « *Piensa oh discípulo, que tan solo dispones de un momento para moldear para el bien ó el mal, los átomos inestables que lanzas de tí á cada instante* ». Con esta sentencia del « *Libro del Sadhu* », concluye el Path su número de enero, en el cual figuran otros artículos de menor importancia.

The Lucifer de enero empieza su número con su artículo editorial de A. B: *El Tiempo es Corto*: como todo cuanto viene de la pluma de su autora es lo que debe ser. *Una Vida Hechizada*, por H. P. B. es el título del que le sigue, continuación del número anterior. *Ley Universal* por Wm. Main, M. S. T. Analiza los distintos conceptos que acerca de la misma existen en la mente humana; trabajo útil pues manifiesta la actitud *teológica* asumida por Mr. Herbert Spencer y la escuela Agnóstica, con su *Incognoscible*, y su arbitraria frontera colocada en donde ellos no aciertan á ver más allá. *El Septenario en la Naturaleza* por W. Kingsland; conclusión del artículo del número anterior: dice su autor:... « aquella trinidad tal como se la encuentra generalmente aplicada en los varios sistemas religiosos, consiste en el punto en el círculo, la triada y el cuaternario, cada uno de ellos considerado como una unidad. Esta es la clave para todas las antiguas cosmogonias y teogonias... Poco sospecha el mundo exterior la significación profunda de estos símbolos, Poco comprende el mundo ortodoxo de hoy día que el Dios Jehovah personal y masculino, del que se apoderaron los teólogos de la Iglesia Primitiva, como primera persona de su trinidad, es tan solo la forma cabalística del mucho más antiguo Brahmâ el creador masculino Indo... tenemos la leyenda de Brahmâ dividiéndose en dos, macho y hembra; y en el *Génesis*, la historia de la costilla de la que es formada la mujer... » Es un trabajo que recomiendo al que desee estudiar. « *Karma y Reencarnación:* » por Rama Prasad M. A. M. S. T. (continuación). Comienza con un elocuente apóstrofe á los hijos de Bhâratavarsha (India) les dice con el *Kathopanishad* que están abandonando « lo bueno por lo placentero, » sigue luego desarrollando su teoría del Karma relacionada con el Prana con la lucidez y profundidad que acostumbra. Lo que dice en la p. 379 con respecto á la vida lunar de las almas , puede sugerir, muchas ideas relacionadas con los Pitris Lunares y con el porque las primeras Razas humanas en la Tierra eran más espirituales que las presentes. Las pp. 382 y 383 no le haran mucha gracia al Prof. Max Müller y demás Sanscritistas Europeos. Muchos disgustos de este género les tiene Karma reservados. *El Sueño de Ravan* (conclusión.):

« Allí el Cuando es un eterno Ahora.
Allí el Donde es un eterno Aquí.
Allí el *Aquel* y el *Quien* son solo uno. »

«Un universal «Aquello-Yo»-(So-Ham)-impersonal, en lo que lo personal se funde. A este nivel de pensamiento se mantiene este artículo que califico de espléndido nuevamente. *Dhyâna* por H. Dhammapala M. S. T. Trabajo útil acerca del verdadero concepto de la meditación y del desarrollo oculto. «Aun el nacer en las regiones Devachânicas, dicen ellos, es una violación de las reglas de los Brahmacharis. «*Teosofía é Investigación Psíquica,*» por W. Kingsland M. S. T. Artículo que demuestra que la palabra moderna Investigación Psíquica, juntamente con las telepatías y otros términos modernos, no tienen nada que ver con la Teosofía ni el Ocultismo, pues son niñerías en las que se entretiene la sabiduría Occidental. La Sociedad para dichas investigaciones *psico-telepaticas*, y qué se yo cuantas cosas más, debe admirar el efecto profundo producido por su gran informe, acerca de los fenómenos verificados por H. P. Blavatsky, con datos recogidos en Madras por aquel *smart boy* (niño pillín) como llama H. P. B. á Mr. Hogdson autor de un tal *monumento* (?); el efecto ha sido lo contrario precisamente de lo que se esperaba. *Fragmentos de un Libro de Memorias Indo* por Kali Prasanna Mukherji M. S. T. Es un artículo útil por las ideas que sugiere en lo referente al Mahâbhârata, y por consiguiente en cuanto al Bhagavad Gitâ. Por falta de espacio no doy cuenta de otros trabajos interesantes del mismo número.

—No habiendo recibido todavía el *Theosophist* y el *Lotus Bleu* de Enero, no podemos dar cuenta de su contenido.

F. M.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO GENERAL

Uno de los sucesos de más importancia ha sido: la pública controversia que ha tenido lugar en St. George's Hall entre Annie Besant y el Reverendo G. Coles; que retó á la primera á discutir en público para convencer al auditorio de la falsa interpretación del simbolismo que da H. P. Blavatsky en sus obras. Según el *Daily Chronicle* el resultado fué parecido al de D. Quijote cuando arremitió contra los molinos de viento. Segun este órgano importante de la prensa inglesa, este Reverendo ministro protestante creyó encontrarse con una caña débil que el viento doblaría, pero vió frente á sí á «un hombre robusto armado de todas armas».

Puede nuestro *Reverendo* enemigo consolarse con los Misioneros de Madras, con los Coulomb, y la Sociedad de Investigaciones Psíquicas y Kamalókicas de Londres, de su derrota.

Como el Lucifer, con una modestia que honra á su Directora, no ha dado cuenta de su triunfo, damos la noticia con algun retraso.

—Se ha celebrado en Madras (Adyar) el 16.° Congreso de la S. T.; en el próximo número daremos cuenta.

—Nuestro querido colega la *Revista de Estudios Psicológicos*, publica en su último número el notable artículo de Amaravella, publicado en el *Lotus Bleu* de Septiembre de 1891. Agradecemos á la *Revista* haya escogido un trabajo como éste para dar á conocer á sus lectores lo que es la Teosofía y lo que no es.

El Director: F. Montoliu.